

La construcción de la F e m i n i d a d B í b l i c a

**CÓMO SE CONVIRTIÓ LA SUBYUGACIÓN DE
LAS MUJERES EN DOCTRINA CRISTIANA**

Beth Allison Barr

 Editorial **CLIE**

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© Copyright 2021 por Beth Allison Barr.
Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Making of Biblical Womanhood* por Brazos Press, una división de Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan, U.S.A.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2024 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA FEMINIDAD BÍBLICA

ISBN: 978-84-19779-25-0
Depósito legal: B 8301-2024
Vida cristiana
Intereses de las mujeres
REL012130

Impreso en Estados Unidos de América / *Printed in the United States of America*

Para las mujeres a las que he enseñado;
para las mujeres a las que he guiado;
para las mujeres y hombres evangélicos dispuestos a escuchar;
esto es para ti.

Pero, sobre todo, esto es para mis hijos:
Elena y Stephen.
Espero que seáis libres de ser todo
lo que Dios os ha llamado a ser.

Agradecimientos

LAS PERSONAS DE MI VIDA han hecho posible este libro.

Estoy muy agradecida a mis editores y al equipo de Brazos Press, durante la edición original en inglés. Katelyn Beaty creyó en este proyecto y me guió cuando más falta me hacía. Melisa Blok me mostró dónde debía decir más y me ayudó a saber cuándo había dicho suficiente. Este libro es infinitamente mejor gracias a vosotras dos. Ha sido un placer trabajar con Brazos Press de principio a fin. Gracias.

No podría haber completado este proyecto sin el apoyo de mis compañeros de Baylor. Larry Lyon, decano de la Escuela de Posgrado de Baylor, me dio espacio para escribir a pesar de ser una decana asociada recién llegada. Barry Hankins, director del departamento de historia de Baylor, me dio libertad para centrarme en este libro antes que en otros proyectos. Comprendió su importancia y me apoyó. Gracias Barry. Y, por supuesto, mis compañeras del grupo de escritura Kara Poe Alexander, Leslie Hahner y Theresa Kennedy me ayudaron a perfeccionar las habilidades que necesitaba para escribir este libro. Durante diez años han escrito conmigo. Durante diez años me han hecho mejorar. Leslie, gracias por el concepto de metamorfosis.

Durante los últimos veinte años, he contado con la ayuda de archiveros de todo el Reino Unido. Por muchos de los manuscritos a los que se hace referencia en estas páginas, agradezco especialmente la

ayuda y la paciencia del personal de la sala de lectura de la Biblioteca Británica de Londres, la Biblioteca Weston de Oxford y el personal de la biblioteca y los archivos de Longleat House en Warminster. También estoy agradecida al Instituto de Louisville y su apoyo financiero para este proyecto.

Mis amigos Kim y Brandon, Karol y Mike, Jennifer y Chris, Donna y Todd, y David, mi compañero de Baylor, me han acompañado durante algunos de los días más difíciles de 2016 y 2017. Me ayudasteis a sanar y a ganar perspectiva sin amargarme. La Conferencia sobre Fe e Historia me proporcionó una valiosa comunidad después de perder la comunidad de mi iglesia. Ha sido un privilegio servir como su presidenta. *Out of Sorts*, de Sarah Bessey, me ha reconfortado el alma en el momento justo pese a no conocerla a ella personalmente. Este libro simplemente no existiría sin mi comunidad de Anxious Bench. Christopher Gehrz, Kristin Kobes Du Mez, Philip Jenkins, David Swartz y Andrea Turpin me dieron la confianza (profesional, personal y espiritual) que necesitaba para escribir las entradas del blog que se convirtieron en este libro. John Turner, fuiste tú quien me dio la idea del título. También estoy agradecida a Patheos por concederme, como a todos sus autores, los derechos intelectuales de mis artículos.

Este libro es para todos mis alumnos. Pero es especialmente para Lynne, Liz y Anna. Estuvisteis conmigo en ese terrible fin de semana de 2016. Me disteis el valor que necesitaba para ser más valiente de lo que nunca creí que podría ser. Y Tay, tú empezaste este viaje conmigo. Me alegro mucho de poder mostrarte cómo termina. Gracias también a Katherine y Liz por toda su ayuda editorial.

Este libro también es para la profesora que me dio una oportunidad en 1997. Judith, me diste ojos para ver desde un punto de vista diferente y las herramientas para hacer algo al respecto. Aspiro a ser para mis alumnos la mentora que tú siempre has sido para mí. Por último, pero no por ello menos importante, este libro es para mi familia, que me ha acompañado a cada paso del camino. Para mis padres, Kathy y Crawford Allison, que siempre han luchado por mí. Su fe y su amor constantes me fortalecen. Por mi marido, Jeb, que siempre ha

Agradecimientos

luchado a mi lado. Si hubiera más pastores con la integridad y la fe de mi marido, la iglesia sería un lugar muy diferente. Y para mis hijos, Stephen y Elena: vosotros sois la razón por la que sigo luchando por un mundo cristiano mejor. Me llenáis de alegría y renováis mi esperanza cada día.

Elizabeth Salazar-Sanzana

Para algunos esta obra llega a tiempo y, para un grupo no menor, llega fuera de tiempo. “La construcción de la feminidad bíblica. Cómo se convirtió la sujeción de las mujeres en doctrina cristiana” es de aquellos libros que me hubiera gustado leer en mi juventud; habría sido argumento seguro para enfrentar muchas incitaciones bíblicas, desprecios y discriminación en los años de estudio, liderazgo eclesial y docencia. El desafío de Barr no solo deconstruye los argumentos del patriarcado para la sumisión de la mujer, sino que hace un llamado claro a escuchar la voz del Espíritu para una misión integral, liberadora.

A la luz del Evangelio, la autora, revisa cuidadosamente el pasado, la historia contada y aquella que es memoria subversiva para los ojos que nunca han leído el pasado con ojos de inclusividad. La lectura del pasado la va confrontando con el presente, pero mirando el futuro con propuestas bíblicas teológicas que encantan, provocan inquietud y hacen descubrir la puerta de la jaula del pensamiento y praxis normalizado de violencia en nuestras comunidades de fe.

La base de la educación cristiana, de la mayoría de las iglesias evangélica, es la experiencia personal de fe y sus vivencias cotidianas. Esta apreciada universalidad de la vida, como suele llamársela, es justamente la opción metodológica, el hilo conductor de la obra. En esto la autora logra decir, sin soltar la erudición de sus dichos, verdades que dejan al lector o lectora en clara posición de reconocer lo que Dios, en su amor y propuesta de vida en abundancia, ha revelado en Jesucristo. El discurso recurrente del amor que liberta al ser humano, en las iglesias cristianas descritas por la autora, no es acompañado con gestos concretos que consideren a la mujer otro ser humano en dignidad, sino más bien, siguen dándole más realce a Aristóteles, que la definió inferior como ser humano.

Este libro, en su primera parte, nos invita a caminar por el pasado, con el claro objetivo de deconstruir el agobio del

presente. El texto es la travesía que enfrenta la autora y muchas de las que caminamos entre la vida eclesial y la academia, directamente a las relaciones sociales de las mujeres en la comunidad de fe, permeada por todas las inequidades sociales propias de la actualidad.

Para entender la propuesta de Barr, es fundamental comprender lo que se ha considerado como autoridad en la Iglesia y más específicamente la autoridad concedida a la Biblia como Palabra de Dios a través de la historia de la Iglesia. Para los primeros cristianos, la autoridad se limitaba a lo que ellos conocían como la Escritura (Torá), las enseñanzas de Jesús y los Apóstoles como primeros testigos.

Desde la era apostólica hasta llegar a nuestros días, la autoridad de las Escrituras ha sido desarrollada en clara relación con el poder. Si fuera el poder de Dios, sería fácil trabajar en unidad, pero se trata del poder de mando jerárquico. Incluso se entrevé, en los escritos críticos de la autoridad de la iglesia que, hasta la Reforma Protestante, la autoridad dogmática de la Escritura, la tradición de la iglesia, los concilios y sus dogmas, y la propia jerarquía de la iglesia estaban a un mismo nivel, tanto así que poco se distinguía una de otra. Sin embargo, a todas se les daba importancia de autoridad. Para los cristianos provenientes de la Reforma protestante, se reconoce desde la pre-Reforma los esfuerzos por colocar a la Biblia como autoridad final. De la misma manera, se entendía entre los apóstoles, una autoridad en las palabras de Jesús en su ministerio. Es decir, la autoridad va a estar en constante apelo en las diferentes etapas de la Iglesia cristiana, esto va a constituirse en la base del discurso bíblico que la autora nos plantea. No es posible entender los actuales conflictos de interpretación sin considerar los planteamientos de la autoridad bíblica al respecto del liberalismo, la neo ortodoxia y del fundamentalismo. Es decir, para lograr seguir el ritmo de los escritos de la autora es necesario tener este trasfondo en que se desarrolla la autoridad de la Biblia, y cómo de forma asociada es legitimadora de la autoridad eclesial masculina.

No se debe equivocar la mirada de Barr al respecto de entender la Biblia como Palabra de Dios, esto no lo discute. Su planteamiento es similar a lo propuesto por todas las Sociedades Bíblicas, que las

diferentes traducciones de la Biblia son interpretaciones. Y es a partir de lecturas parcializadas y sesgadas traducciones que se explica la eliminación de las mujeres de la Biblia inglesa y de otras traducciones. Se santifica la subordinación como parte de la verdad del Evangelio y de estas interpretaciones se hace de la feminidad bíblica una verdad cristiana.

La lectura es dinámica, pues la autora confronta su reflexión constantemente con la historia de vida de muchas mujeres que iluminaron el escrito. No es fácil hacerlo desde un contexto tan específico como el de la autora, pero es su afán el plasmar la deconstrucción patriarcal y del complementarismo.

No obstante que la autora hace referencia directa a las traducciones específicas del inglés, no impide que logremos entender las dificultades que se enfrentan a la hora de confrontar la historia de la Iglesia y los conceptos bíblicos de feminidad en nuestras propias traducciones al español.

Barr nos hace caminar por lo que reconoce e identifica como los comienzos del patriarcado y lo que han sido los textos bíblicos que se han leído sesgadamente desde su contexto. En América Latina, que es desde donde me sitúo, el protestantismo se colocó en la tradición bíblica paulina y en la tradición heredada de la Reforma Protestante, por lo que es de extrema apreciación el desarrollo que hace la autora de este trasfondo. Es fundamental entender que la crítica realizada tiene su fundamentación suficiente para deconstruirla, aunque en algunos momentos podría parecer de menciones someras, es suficiente ayuda para quien quiera seguir esta línea de investigación, establecer una mayor profundidad y llegar a las conclusiones similares o mayores que las dadas en esta obra.

La gran pregunta que Beth Barr hace sobre liberar a las mujeres, la responde a través de la falta de evidencias a favor de la subordinación de la mujer. Mirar el evangelio a la luz de los textos utilizados nos ayuda a reconocer la voz de Dios, nos ayuda a escuchar el silbo apacible del Espíritu, que un día bautizó a los gentiles en casa de Cornelio, sin separar a mujeres de hombres. Suelo decir que toda herejía tiene base bíblica, como una manera de advertir que no porque tenga una porción preciada de la Palabra de Dios escrita es una verdad al

respecto de posturas religiosas alejadas del Evangelio: no porque diga “señor-señor” entrará al Reino, sino el que hace la voluntad de Dios.

Podemos decir que en el “afán y la ansiedad” de poder colocan a la mujer en sumisión, ignorando lo que Jesucristo hizo en la cruz por toda la humanidad, sin discriminar a nadie. En este actuar se desprecia la obra soteriológica en equidad que vemos en Gálatas 3:28 y Hechos 2. A lo largo de la historia, la evidencia muestra al patriarcado vencido por el Espíritu Santo en más de una vez, liberando a las mujeres para el multifacético ministerio cristiano, así como lo hizo Jesús en su ministerio. Esto también lo podemos encontrar a través de la propia historia de la Iglesia en nuestro continente.

Creo que una de las conclusiones más relevantes que la autora nos entrega es que a pesar de que el patriarcado cambia las reglas constantemente, las mujeres siempre han encontrado una manera de predicar y enseñar la Palabra de Dios. Solo agregaría lo que ya nos sugiere su autora a lo largo del desarrollo de su obra: que las mujeres han encontrado la manera de hacer frente al patriarcado, porque el Espíritu Santo de Dios vence al pecado y con esto vence todo aquello que somete y oprime al otro u otra. El patriarcado no es solo pecado contra las mujeres, si lo fuera bastaría con levantar la bandera con respecto al género, sino que es el pecado movido por la discriminación por clase social, por etnia, es multifacética, es el daño ecológico a la tierra que se hace en nombre de esta visión androcéntrica-patriarcal y adulto-céntrica.

Esta es una obra muy recomendable para toda biblioteca pastoral. Es fácilmente leíble y termina siendo una gran historia de vida con un final feliz. Un libro que no solo se felicita a quien lo escribe, sino que se agradece a Clie, pues son quienes dan el espacio para ser publicado y aportar a los diálogos teológicos y pastorales. Estos aportes ayudan y promueven debates necesarios para la reconstrucción de una eclesiología que plasme lo que es el Reino de Dios y su justicia para todos.

Dra. Elizabeth Salazar-Sanzana
Teóloga pentecostal
Catedrática de Teología Sistemática
Comunidad Teológica Evangélica de Chile

Lidia Rodríguez Fernández

¿Es posible justificar y realizar una investigación erudita partiendo de experiencias traumáticas? En esta obra, Beth Allison Barr nos demuestra que no solo es posible, sino que es, más aún, necesario. Porque lo que está en juego es, por un lado, la necesidad de limpiar el texto bíblico del polvo que siglos de interpretaciones sesgadas han depositado sobre él, sojuzgando a las mujeres; por otro lado, la necesidad de terminar con la legitimación religiosa de la desigualdad entre hombres y mujeres que ha conducido a todo tipo de abusos en el seno de la Iglesia cristiana. El “¡basta ya!” del capítulo 8 y la llamada a dejar atrás el complementarismo teológico no deja lugar a dudas sobre el objetivo último del libro.

Barr no disimula el tono combativo y, en ocasiones, apasionado de su trabajo, que se nutre de su propia biografía: la relación opresiva que sufrió a manos de un novio, el despido de su marido como pastor de jóvenes por sus opiniones sobre el papel de la mujer en la iglesia o la actitud irrespetuosa de algunos alumnos en la universidad donde ejerce como docente. Ello se suma a múltiples testimonios de mujeres evangélicas norteamericanas que la llevaron a cuestionarse la veracidad de lo que había aprendido y asumido durante años como “bíblico” y como voluntad divina perpetua para las mujeres.

La primera de las razones para leer el libro que tiene entre las manos es que las experiencias narradas se asemejan, con toda probabilidad, a las vivencias de miles de mujeres evangélicas en otros contextos geográficos. El patriarcado cristiano (así es como lo denomina Barr) sigue siendo en la actualidad el sistema de creencias, valores y prácticas que legitima bíblicamente un modelo de feminidad fundamentado sobre la teología de la complementariedad. Enseñada todavía en la mayoría de las congregaciones evangélicas, en nuestro entorno sigue permitiendo y justificando abusos de poder similares a los que denuncia Barr.

Además, la trayectoria personal de la autora también puede ser la de sus lectores hoy. Barr reconoce que necesitó tiempo para tomar conciencia de una realidad injusta ante la que permaneció durante años

ciega y callada, hasta que decidió denunciar dicha realidad escribiendo este libro. Esperamos que su lectura contribuya, a su vez, a formar las conciencias y a esclarecer la voluntad de Dios para la humanidad y Su Iglesia, “lo que Dios os ha llamado a ser”, por emplear las palabras de la autora en la dedicatoria a su hija Elena y su hijo Stephen.

La segunda de las razones que hacen de este libro un título de interés es su capacidad para divulgar el conocimiento académico. Aunque el mundo universitario lleva décadas poniendo sobre la mesa los argumentos que Barr desgrana en los diferentes capítulos, faltaba un texto en lengua castellana que combinara la erudición propia de una profesora universitaria con un lenguaje accesible para quien no está familiarizado con los estudios exegéticos especializados. Los argumentos no son novedosos, pero Barr pone al alcance de sus lectoras y lectores dos ámbitos de investigación necesarios para deconstruir la “femenidad bíblica” o, dicho de otro modo, la teología de la complementariedad.

En primer lugar, varias secciones están dedicadas a los debates hermenéuticos y exegéticos en torno a textos polémicos que desafían las lecturas literalistas de la Biblia, incluyendo un apartado dedicado a la inerrancia bíblica en el capítulo 7. En el caso del corpus paulino, la autora resalta en varios lugares la importancia del contexto histórico, religioso y cultural para interpretar adecuadamente los textos problemáticos, como Colosenses 3:18-19, Efesios 5:21-33 y 1 Corintios 14:34-35. En diferentes capítulos, Barr revisa las figuras bíblicas de las hermanas Marta y María, María Magdalena, Febe y Junia(s), para mostrar la importancia del ministerio de las mujeres en los orígenes del cristianismo y el modo en que fueron relegadas en la historia posterior, hasta el punto de que muchas traducciones bíblicas convirtieron a Junia en un apóstol varón, entre otros sesgos de traducción citados por la autora.

En segundo lugar, la historia y el modo en que las mujeres fueron borradas de la misma ocupa un lugar importante en su argumentación. Reivindica varias figuras femeninas de la Edad Media (Margery Kempe, Christine de Pizan, Genoveva de París y Brígida de Kildare, entre otras), al tiempo que critica el papel secundario que la Reforma

protestante concedió a las mujeres, empezando por Katharina von Bora. Siguiendo el hilo de la memoria, Barr muestra cómo entre los siglos XVIII-XIX las ideas de modestia, piedad, pureza, sumisión y domesticidad consagraron definitivamente la subordinación de las mujeres evangélicas. Barr concluye su investigación histórica reivindicando a las mujeres que desarrollaron algún tipo de ministerio en los albores del siglo XX en el contexto de las iglesias bautistas del Sur. Esperamos que la lectura de esta obra contribuya a despertar nuestro interés por las mujeres cristianas que contribuyeron a lo largo de la historia al crecimiento de la Iglesia en nuestro entorno más próximo, cuya memoria también ha sido borrada en demasiadas ocasiones.

Para el público cristiano de lengua castellana, este libro nos ofrece una serie de cuestiones clave que iluminan el desarrollo histórico, el razonamiento teológico y las terribles consecuencias que el concepto de feminidad bíblica ha tenido y sigue teniendo para las mujeres evangélicas... y en consecuencia para la Iglesia misma. Dios quiera que el deseo de cada una y cada uno tras la lectura de este libro sea el mismo que ha guiado a Barr en la redacción del mismo: “luchar por un mundo cristiano mejor”.

Lidia Rodríguez Fernández

Licenciada en Literatura Española y doctora en Teología Bíblica

Profesora de Antiguo Testamento en la Universidad de Deusto

Pastora de la Iglesia Evangélica Española en Bilbao

NUNCA QUISE SER una activista.

Yo formaba parte de una iglesia que pertenecía a la Convención Bautista del Sur en un pequeño pueblo de Texas. En esta iglesia se predicaban las funciones divinamente ordenadas de las mujeres. Desde los sermones hasta las lecciones de la escuela dominical, pasando por los consejos de maestros bien intencionados, en todas partes se llamaba a las mujeres a desempeñar papeles secundarios en la iglesia y la familia, con énfasis en el matrimonio y los hijos. Una vez recuerdo haber escuchado hablar a una mujer desde detrás del púlpito de nuestra iglesia. Era soltera, misionera y, tal y como me explicó un adulto, solo estaba describiendo sus experiencias. Lo único que hizo esta racionalización fue reforzar la rareza de esa mujer. Una mujer soltera detrás del púlpito era aberrante, la norma la conformaban las mujeres casadas detrás de sus maridos.

James Dobson estaba en todas partes, hasta en las ondas de radio con una emisión periódica. Recuerdo haber hojeado de adolescente su libro “Amor para toda la vida”. Aprendí que la biología predeterminaba mi debilidad física y mi inestabilidad emocional, atrayéndome hacia mi complemento masculino divinamente creado. Dobson escribió para fortalecer los matrimonios, ofreciendo ayuda a los cónyuges que se ven separados por sus diferencias naturales: “Muéstrame un marido tranquilo y reservado y te mostraré una esposa frustrada”, escribió. “Quiere saber qué piensa, qué pasó en su trabajo, cómo ve a los niños y, sobre todo, qué siente por ella. El marido, en cambio, considera que hay cosas que es mejor no decir. Es una lucha clásica”.¹ En unas pocas frases, Dobson me

¹James Dobson, *Love for a Lifetime: Building a Marriage That Will Go the Distance* (1987; repr., Colorado Springs: Multnomah, 1998), 63. Ver también Kristin Kobes Du Mez, *Jesus and John Wayne: How*

inculcó cómo era un hogar cristiano normal: un padre que vuelve de su trabajo en una oficina al hogar gestionado por su mujer y sus hijos. Los pasajes bíblicos seleccionados, respaldados por las notas de mi Biblia de estudio, se entretejían con sermones, estudios bíblicos y devocionales que creaban una imagen perfecta del apoyo bíblico a la subordinación femenina. Las mujeres habían sido creadas para desear a sus maridos y dejarles gobernar (Génesis); las mujeres debían confiar en Dios y esperar al marido perfecto (Rut); las voces de los hombres eran públicas, mientras que las voces de las mujeres eran privadas (1 Corintios, 1 Timoteo); cuando las mujeres tomaban el mando era o bien pecaminoso (Eva) o porque los hombres no habían hecho su trabajo (Débora). La posición de la mujer era de apoyo y secundaria, a menos que tuviera que asumir temporalmente el liderazgo cuando los hombres no pudieran hacerlo. Esta era mi forma de entender la feminidad bíblica: Dios diseñó a las mujeres principalmente para ser esposas sumisas, madres virtuosas y amas de casa alegres. Dios diseñó a los hombres para liderar en el hogar como esposos y padres, y en la iglesia como pastores, ancianos y diáconos. Creía que esta jerarquía de género estaba ordenada divinamente. Elisabeth Elliot escribió una famosa cita: “la feminidad recibe”. Las mujeres se entregan, ayudan y responden, mientras que los maridos proporcionan, protegen y toman la iniciativa. Una mujer bíblica es una mujer sumisa.²

Ese fue mi mundo durante más de cuarenta años. Hasta que, un día, dejó de serlo.

Ese día dejé la iglesia porque no podía soportarlo más. Más de tres meses antes, el 19 de septiembre de 2016 (a la misma hora en que mi primera estudiante de doctorado defendía oralmente sus exámenes de calificación y su prospecto de disertación), despidieron a mi marido de su trabajo como pastor de jóvenes. Llevaba más de veinte años

White Evangelicals Corrupted a Faith and Fractured a Nation (Nueva York: Liveright, 2020), 83.

²Elisabeth Elliot, *Let Me Be a Woman: Notes to My Daughter on the Meaning of Womanhood* (1976; repr., Carol Stream, IL: Tyndale, 2013), 50.

ejerciendo esa labor; los últimos catorce habían sido en esa iglesia. De repente, silenciosa y dolorosamente, le dijeron que se marchara con un mes de indemnización. Algunos amigos, a los que estaremos siempre agradecidos, se enteraron de lo ocurrido y lucharon por nosotros. Consiguieron retrasar la pérdida de empleo durante tres meses, lo suficiente para que pudiéramos preparar a los jóvenes y hacer la transición del ministerio; también nos aseguraron cinco meses más de indemnización por despido. Nos dieron espacio para respirar.

El día que salí de la iglesia, un domingo de diciembre casi tres meses después, la enormidad de lo que nos estaba sucediendo finalmente se hizo real para mí.

Me puse delante de una mesa que alguien había colocado en el vestíbulo. Tenía una foto de mi familia, con una cajita a un lado y una declaración enmarcada al otro. No recuerdo lo que decía la declaración enmarcada, tal vez era un versículo de las Escrituras o algo sobre el agradecimiento de la iglesia por nuestro ministerio. Había rotuladores junto a una pila de papel. La gente podía escribir notas de despedida y meterlas en la caja.

Sé que la mayoría de las personas que nos escribieron notas eran sinceras. La mayoría lamentaba sinceramente nuestra marcha, desconcertada por las circunstancias. Algunos estaban molestos y enfadados. Algunos estaban conmocionados por la falta de transparencia de la iglesia. Algunos anticipaban con tristeza la pérdida de nuestra estrecha amistad. Estoy agradecida por las palabras que dejaron estas personas, sinceras en su despedida.

Pero no creo que el espíritu de la caja, la razón por la que se montó la mesa, fuera solo para estas personas. Era para mantener las apariencias. La mesa, cuidadosamente decorada, controlaba la narración sobre nuestra marcha. Ayudó a transmitir que nuestra marcha fue una buena decisión que habían tomado los pastores, que estaban cuidando de su rebaño. Después de todo, ofrecer un foro público para despedirse era lo que se hacía cuando los pastores se iban. Cuando se marchaban a nuevos trabajos o para volver a la universidad o para ser misioneros. Sin embargo, lo que nos ocurría no era ninguna de esas

cosas. Mi marido fue despedido después de desafiar a los dirigentes de la iglesia por la cuestión de las mujeres en el ministerio.

Se agolparon varias imágenes en mi cabeza. El mensaje que recibí de mi marido el 19 de septiembre: “La reunión no ha ido bien”. El quebrantamiento y la confusión de los que trabajaban con nosotros en el ministerio de jóvenes, personas a las que forzaron a dejar de servir en ese ministerio debido a su amistad con nosotros. Las caras de los jóvenes aquella horrible noche cuando nos vimos obligados a decirles que nos íbamos sin contarles toda la verdad. Las sombras de los ancianos que montaban guardia alrededor de la sala, observando cómo les decíamos a los jóvenes que nos íbamos. Las lágrimas devastadoras de mi hijo cuando se enteró de que nunca estaría en el grupo de jóvenes de su padre. El oscuro jardín de Virginia en el que di vueltas y vueltas una noche, reprimiendo a duras penas la ansiedad mientras mi papel de organizadora de una conferencia dejaba a mi marido solo en Texas para enfrentarse a una de las semanas más duras de su vida.

Podía sentir los afilados bordes de la pena, la rabia y la justa indignación que surgían dentro de mí.

Así que me fui. Salí por las puertas de la iglesia. Pasé por delante de la gente que estaba en el vestíbulo, incluidos los que habían estado hablando conmigo junto a esa mesa. Pasé por delante de uno de los ancianos que intentó hablar conmigo. Salí por las puertas de la iglesia y me dirigí directamente a mi coche. Dejé atrás esa mesa y su historia cuidadosamente preparada. Dejé atrás la narrativa, propagada por mi iglesia, mayoritariamente blanca y de clase media alta, de que todo estaba bien y que todo estaría bien porque Dios lo había ordenado así. Conduje directamente a casa.

Entonces abrí mi portátil y me puse a escribir. Las palabras simplemente fluyeron.

Se juntaron diferentes piezas de mi vida y todo adquirió un nuevo enfoque.

Durante toda mi vida adulta he servido en el ministerio con mi marido, permaneciendo en iglesias complementaristas incluso aunque

cada vez me causaba más escepticismo la idea de que la “feminidad bíblica”, tal y como se nos había enseñado, coincidiera con lo que la Biblia enseñaba. Me decía a mí misma que tal vez las cosas cambiarían, que yo, como mujer que enseñaba y tenía una carrera, estaba dando un ejemplo positivo. Me repetía a mí misma que el complementarismo (la visión teológica de que las mujeres son creadas divinamente como ayudantes y los hombres como líderes) no era misógino en su raíz. Me repetía que ninguna iglesia era perfecta y que la mejor manera de cambiar un sistema era trabajando desde dentro. Así que me quedé en el sistema, y me mantuve en silencio.

Permanecí en silencio cuando a una mujer que trabajaba en una iglesia de la Convención Bautista del Sur le dieron un salario menor porque no había sido ordenada. Esa mujer había asistido al seminario junto a mi marido. Irónicamente, la razón por la que no había sido ordenada era porque la iglesia era Bautista del Sur.

Permanecí en silencio cuando una mujer recién casada, cuyo trabajo incluía el seguro médico familiar, renunció a ese trabajo después de asistir a un retiro con mujeres de nuestra iglesia, un retiro que contó con un orador de línea complementarista dura que convenció a esta mujer de que el lugar apropiado para ella era el hogar. Su decisión, por lo que he oído, causó tensiones en la familia y problemas económicos. Dejó de venir a la iglesia. No tengo ni idea de lo que le pasó. Permanecí en silencio cuando, después de que nuestro pastor predicara sobre los roles de género, un matrimonio dio su testimonio. La esposa animaba a las mujeres a aceptar verbalmente lo que sugerían sus maridos, aunque estuvieran muy en desacuerdo. Dios honraría su sumisión.

Me mantuve en silencio cuando no se me permitió enseñar en la escuela dominical porque en la clase había chicos adolescentes. Dirigí los debates con un permiso especial cuando no había nadie más disponible.

Me quedé en silencio.

No fue hasta ese domingo, tres meses después de lo peor, que me di cuenta de la dura verdad. Al permanecer en silencio, me había

convertido en parte del problema. En lugar de marcar la diferencia, había sido cómplice de un sistema que utilizaba el nombre de Jesús para oprimir y perjudicar a las mujeres.

Y la verdad más dura de todas era que mi responsabilidad era mayor que la de la enorme parte de la gente de nuestra iglesia, porque yo sabía que la teología complementarista era errónea.

Al mirar aquella mesita, me di cuenta de que la mayoría de la gente de nuestra iglesia solo conocía las opiniones teológicas que compartían los líderes desde el púlpito. Igual que yo solo habían escuchado una narrativa de la feminidad bíblica en la iglesia, muchos evangélicos de las iglesias complementaristas solo conocen lo que les cuentan: lo que se les enseña en el seminario, lo que leen en las notas de sus traducciones de la Biblia, lo que aprenden en la escuela dominical sobre la historia de la Iglesia en libros de historia escritos por pastores, no por historiadores.

Mi angustia aquella mañana provenía tanto de mi vergüenza como de mi dolor.

La verdad es que yo sabía que la teología complementarista (la feminidad bíblica) estaba equivocada. Sabía que se basaba en un puñado de versículos leídos fuera de su contexto histórico y utilizados como lente para interpretar el resto de la Biblia. La cola mueve al perro, como comentó una vez Ben Witherington. Eso significa que las suposiciones y prácticas culturales relativas a la mujer se infieren del texto bíblico, en lugar de leer el texto bíblico dentro de su propio contexto histórico y cultural.³ Muchas pruebas textuales e históricas refutan el

³ Ben Witherington dijo esto en una conferencia que dio en la universidad de Baylor en el marco de un simposio que ayudé a organizar junto con el Instituto para el Estudio de la Religión (ISR, por sus siglas en inglés) en septiembre de 2013. El Simposio se titulaba “Las mujeres y la Biblia”, y Kristin Kobes Du Mez también fue una de las participantes. Whiterington ha hecho esta afirmación en múltiples ocasiones, incluido su propio blog: Ben Witherington, “The Eternal Subordination of Christ and of Women”, Ben Witherington

modelo complementarista de la mujer bíblica y la teología que lo sustenta. A veces me sorprende que esta batalla todavía se esté librando.

Como historiadora, también sabía que las mujeres han luchado contra la opresión desde el principio de la civilización. Sabía que la feminidad bíblica, en lugar de parecerse a la libertad ofrecida por Jesús y proclamada por Pablo, se parece mucho más a los sistemas no cristianos de opresión femenina de los que hablo cuando enseño acerca de los mundos antiguos de Mesopotamia y Grecia. Como cristianos, estamos llamados a ser diferentes del mundo. Sin embargo, a menudo nos parecemos a los demás en el trato que damos a las mujeres. Irónicamente, la teología complementarista afirma que defiende una interpretación sencilla y natural de la Biblia, mientras que en realidad defiende una interpretación que ha sido corrompida por nuestro impulso humano pecaminoso de dominar a otros y construir jerarquías de poder y opresión. No puedo pensar en nada menos parecido a Cristo que jerarquías como estas.

Mientras miraba la pantalla de mi ordenador e intentaba entender por qué esa mesa del vestíbulo me había molestado tanto, me di cuenta de la dura verdad de por qué había permanecido en iglesias complementaristas durante tanto tiempo.

Porque estaba cómoda.

Porque de verdad pensé que podía marcar la diferencia. Porque temía que mi marido perdiera su trabajo. Porque me daba miedo alterar la vida de mis hijos. Porque amaba la vida del ministerio de jóvenes.

Porque quería a mis amigos.

Así que, por el bien de la juventud a la que servíamos, por la diferencia que mi marido marcaba en su trabajo, por la seguridad financiera, por nuestros amigos con los que compartíamos risas, cariño y experiencias vitales, y por nuestra comodidad, elegí quedarme y permanecer en silencio.

Tenía buenas razones. Pero me equivoqué.

(blog), 22 de marzo de 2006, <http://benwitherington.blogspot.com/2006/03/eternal-subordination-of-christ-and-of.html>.

Me encontraba en la misma posición que aquellos que estaban al corriente del consejo que le dio Paige Patterson, expresidente de un seminario, a una presunta superviviente de una violación, diciéndole que no denunciara el delito y que perdonara a su violador. En lugar de denunciar, guardaron silencio y permitieron que siguiera en el poder.⁴ Era igual que los miembros de la iglesia de Rachael Denhollander, que se resistieron a apoyarla. En lugar de defenderla cuando denunció el encubrimiento de abusos sexuales por parte de Sovereign Grace Churches, un grupo ministerial al que estaba afiliada su iglesia, su familia eclesiástica le dio la espalda. Como dijo en su declaración: “Mi defensa de las víctimas de agresiones sexuales, algo que para mí era importante, me costó mi iglesia y nuestros amigos más cercanos”.⁵ Me había convertido en algo parecido a los miembros de la iglesia de Andy Savage que, en respuesta a su confesión de agresión sexual como antiguo pastor de jóvenes, le dieron una ovación en pie.⁶ Me había conver-

⁴Sarah Pulliam Bailey, “Southern Baptist Leader Paige Patterson Encouraged a Woman Not to Report Alleged Rape to Police and Told Her to Forgive Assailant, She Says”, Washington Post, 22 de mayo de 2018, <https://www.washingtonpost.com/news/acts-of-faith/wp/2018/05/22/southern-baptist-leader-encouraged-a-woman-not-report-alleged-rape-to-police-and-told-her-to-forgive-assailant-she-says>. Ken Camp, “Southern Baptists Deal with Fallout over Paige Patterson”, Baptist Standard, 25 de mayo de 2018, <https://www.baptists-standard.com/news/baptists/southern-baptists-deal-fallout-paige-patterson>.

⁵ “Read Rachael Denhollander’s Full Victim Impact Statement about Larry Nassar”, CNN.com, 30 de enero de 2018, <https://www.cnn.com/2018/01/24/us/rachael-denhollander-full-statement/index.html>. Véase también la entrevista de Morgan Lee con Denhollander: “My Larry Nassar Testimony Went Viral. But There’s More to the Gospel Than Forgiveness”, Christianity Today, 31 de enero de 2018, <https://www.christianitytoday.com/ct/2018/january-web-only/rachael-denhollander-larry-nassar-forgiveness-gospel.html>.

⁶ Ed Stetzer, “Andy Savage’s Standing Ovation Was Heard Round the World. Because It Was Wrong”, Christianity Today, 11 de enero de 2018, <https://www.christianitytoday.com/edstetzer/2018/january/andy-savages-standing-ovation-was-heard-round-world-because.html>.

tido en alguien como los miembros de la iglesia de Mark Driscoll que escuchaban, domingo tras domingo, cómo predicaba sobre misoginia y masculinidad tóxica desde el púlpito.⁷ Era otra más de tantos miembros bienintencionados de la iglesia que han aconsejado a las mujeres que perdonen a sus violadores mientras enseñan simultáneamente la culpabilidad femenina en la violación.⁸ Aunque la culpa del abuso recae principalmente en el abusador, los que se mantienen al margen y no hacen nada también comparten la culpa. Los cristianos silenciosos como yo han permitido que tanto la misoginia como el abuso campen a sus anchas en la Iglesia. Hemos permitido que permanezcan intactas enseñanzas que oprimen a las mujeres y que son contrarias a todo lo que hizo y enseñó Jesús.

Una vez que mi marido estaba predicando sobre la integridad, sacó un ejemplo de la película “Quiz Show: El dilema”, de 1994. El protagonista, Charles Van Doren, se deja corromper por la fama y el éxito. Hace trampas para ganar el concurso, semana tras semana. Cuando finalmente se descubre su engaño y tiene que confesar a su padre lo que ha hecho, este, un respetado profesor de la Universidad de Columbia, se enfrenta a él con estas contundentes palabras: “¡Tu nombre es mío!”. Al permitirse ser cómplice de un sistema corrupto, Charles Van Doren se había avergonzado no solo a sí mismo, sino también a su padre.

“¡Tu nombre es mío!”.

Porque soy cristiano, porque llevo el nombre de Cristo, su nombre es mi nombre. Los cristianos como Paige Patterson son culpables por lo que han hecho. Pero como Patterson lo hizo en nombre de Jesús,

⁷ Ruth Graham, “How a Megachurch Melts Down”, *The Atlantic*, 7 de noviembre de 2014, <https://www.https://www.theatlantic.com/national/archive/2014/11/houston-mark-driscoll-megachurch-meltdown/382487>.

⁸ Jen Pollock Michel, “God’s Message to #MeToo Victims and Perpetrators”, *Christianity Today*, 18 de enero de 2018, <https://www.christianitytoday.com/women/2018/january/gods-message-to-metoo-victims-and-perpetrators.html>.

y porque otros cristianos se quedaron callados, su culpa es también nuestra culpa. Yo era consciente de esto.

Y esa mañana mis lágrimas confesaron mi culpa ante Dios. Tomé una decisión allí, frente a la pantalla de mi portátil. Como mi esperanza está en Jesús, no iba a renunciar a su iglesia. Salí de mi iglesia ese día, pero no me fui de la iglesia en sí misma. No me estaba rindiendo.

Esto significaba que ya no podía guardarme para mí lo que sabía. Este libro es mi historia.

Es la verdad que he recogido de mi estudio de la Biblia, de mis experiencias como esposa de pastor y de mi formación como historiadora cuya investigación se centra en las mujeres en la historia de la Iglesia medieval y moderna temprana.

Este libro es para la gente de mi mundo evangélico.⁹ Las mujeres y los hombres que todavía conozco y amo. Es a ti a quien me dirijo. Y es a ti a quien le pido que me escuche.

Escucha no solo mis experiencias, sino también las pruebas que presento como historiadora. Soy una historiadora que cree en el nacimiento, la muerte y la resurrección de Jesús. Una historiadora que aún se identifica con la tradición evangélica, concretamente como bautista.

Confieso que lo que me llevó al límite fueron las experiencias de mi vida, mi exposición personal a la fealdad y el trauma infligido en el nombre de Jesús por los sistemas complementaristas. No puedo seguir

⁹ Evangélico es un término discutido. Aunque me gustaría argumentar que lo evangélico se refiere principalmente a creencias teológicas compartidas (el hecho de que nos centramos en la Biblia y el énfasis que hacemos en la conversión y la evangelización), no puedo. “Evangélico” se ha convertido en una identidad (y sobre todo en una identidad conservadora blanca), no solo en un conjunto de creencias teológicas compartidas. Como escribe Kristin Kobes Du Mez, “para los evangélicos blancos conservadores, la “buena nueva” del evangelio cristiano se ha vinculado inextricablemente a un compromiso firme con la autoridad patriarcal, la diferencia de género y el nacionalismo cristiano, y todo ello está entrelazado con la identidad racial blanca”. Du Mez, *Jesus and John Wayne*, 7. Véase también Thomas S. Kidd, *Who Is An Evangelical?* (New Haven: Yale University Press, 2019).

observando en silencio cómo las jerarquías de género oprimen y dañan en nombre de Jesús tanto a las mujeres como a los hombres. Pero lo que me llevó a este extremo no fue la experiencia, sino la evidencia histórica. Fueron las pruebas históricas las que me mostraron cómo se construyó la feminidad bíblica, ladrillo a ladrillo, siglo a siglo.

Eso es lo que me hizo cambiar de opinión.

Quizá también cambie la tuya.

EN MAYO DE 2019, Owen Strachan, expresidente del Consejo sobre la Masculinidad y Feminidad Bíblicas, escribió un ensayo titulado “Orden divino en una era caótica: Sobre las mujeres que predicán”. Fue directamente al grano, citando Génesis 1:1: “En el principio, Dios hizo los cielos y la tierra”. El argumento de Strachan siguió con confianza: Dios creó un orden divino en el que los maridos gobiernan a sus esposas, y este orden se estableció al principio de la creación.

El hombre es creado primero en el Antiguo Testamento y es, según el Nuevo Testamento, cabeza de su esposa. Adán se constituye en el líder de su hogar, se le otorga autoridad en él, autoridad que se va configurando a la manera de Cristo a medida que se desarrolla la historia bíblica. De acuerdo con la base del liderazgo doméstico del hombre, este está llamado a proporcionar liderazgo espiritual y protección a la iglesia (1Ti 2:9-15). Los ancianos predicán, enseñan y pastorean el rebaño de Dios, solo los hombres son llamados al cargo de anciano, y solo los hombres que sobresalen como cabezas de sus esposas e hijos deben ser considerados como posibles candidatos a ancianos (1Ti 3:1-7; Tit 1:5-9).¹

Los hombres lideran. Las mujeres siguen. La Biblia nos lo dice.

Durante un tiempo, yo también lo creí. El eco de esta frase resonó por todas partes durante mis años de adolescencia y

¹ Owen Strachan, “Divine Order in a Chaotic Age: On Women Preaching”, Thought Life (blog), 7 de mayo de 2019, <https://www.patheos.com/blogs/thoughtlife/2019/05/divine-order-in-a-chaotic-age-on-women-preaching>. La traducción de Génesis 1:1 es de Strachan.

juventud. Lo escuché en una conferencia de Bill Gothard, a la que me invitaron algunas personas de la iglesia Bautista del Sur de mi pequeña ciudad. Lo decían los líderes de estudios bíblicos en mi universidad. Lo decían los presentadores de las emisoras de radio cristianas. Lo decían las notas de mi Biblia de estudio. Lo escuché en casi todas las ceremonias de boda a las que asistí, dicho en voz alta y clara mientras cada predicador leía Efesios 5. La jefatura masculina era un zumbido familiar en el fondo de mi vida: las mujeres estaban llamadas a apoyar a sus maridos, y los hombres a dirigir a sus esposas. Era una verdad inequívoca ordenada por la inerrante Palabra de Dios.

Pero para mí era una historia demasiado conocida.

Los argumentos cristianos sobre la jefatura masculina me preocupaban ya en mis primeros años de formación como historiadora. Veréis, los cristianos no fueron los únicos en argumentar que la subordinación de la mujer es el orden divino. Históricamente hablando, los cristianos entraron bastante tarde en el juego del patriarcado. Podemos afirmar que los patrones de género de nuestras vidas son diferentes de los que se asumen en la cultura dominante, pero la historia en realidad es diferente. Permitidme que os muestre hasta qué punto el patriarcado cristiano imita el patriarcado del mundo no cristiano, voy a hacerlo utilizando las fuentes de la historia mundial sobre las que he estado enseñando durante más de dos décadas.

¿Qué es el patriarcado?

En primer lugar, hablemos del patriarcado.

No hace mucho, los evangélicos hablaban mucho del patriarcado. Russell Moore, actual presidente de la Comisión de Ética y Libertad Religiosa de la Convención Bautista del Sur, declaró que el patriarcado es una palabra mejor que el complementarismo para definir la jerarquía de género cristiana conservadora. Le dijo a Mark Dever, pastor de la Iglesia Bautista de Capitol Hill en Washington, DC, que, a pesar de su apoyo al complementarismo, odia la palabra en sí misma: “Prefiero

la palabra ‘patriarcado’”, dijo Moore.² Moore expuso un argumento similar en un artículo anterior, en el que advertía que el abandono evangélico de la palabra patriarcado era una capitulación ante la presión social secular. Para Moore, esta no era una buena razón para dejar de usar la palabra. Como escribe, “debemos recordar que ‘evangélico’ también es un término negativo en muchos contextos. Debemos permitir que sean los propios patriarcas y apóstoles, y no los editores de la revista Playboy, los que definan la gramática de nuestra fe”.³ Dado que la palabra patriarcado en sí misma es bíblica, los cristianos bíblicos deberían estar orgullosos de utilizarla. La primera vez que me enteré de la conversación evangélica sobre la palabra patriarcado fue a través de una entrada de blog de 2012 escrita por Rachel Held Evans, la conocida autora de *A Year of Biblical Womanhood*.⁴ Ella señaló que Owen Strachan también utilizaba la palabra patriarcado. Por supuesto que busqué la referencia. Recuerdo haber sonreído al leer las palabras de Strachan. Su enfoque directo tendió un puente entre los evangélicos que preferían la palabra patriarcado, como Moore, y los que preferirían utilizar la palabra complementarismo (como Denny Burk,

² Russell Moore, “Feminism in Your Church and Home with Russell Moore, Randy Stinson and C. J. Mahaney”, entrevista de Mark Dever, 9Marks Leadership Interviews, 30 de abril de 2007, audio, 01:05:01, cita en el 30:07, <https://www.9marks.org/interview/feminism-your-church-and-home-russell-moore-randy-stinson-and-cj-mahaney>.

³ Russell Moore, “After Patriarchy, What? Why Egalitarians Are Winning the Gender Debate”, *Journal of the Evangelical Theological Society* 49, no. 3 (septiembre de 2006): 574, https://www.etsjets.org/files/JETS-PDFs/49/49-3/JETS_49-3_569-576_Moore.pdf.

⁴ Rachel Held Evans, *A Year of Biblical Womanhood* (Nashville: Nelson, 2012). Estoy agradecida a Evans. Su voz, a través de sus blogs y sus libros, fue una de las primeras que escuché que compartía mis crecientes preocupaciones sobre la feminidad bíblica. Falleció inesperada y trágicamente en 2019 a los 37 años.

el actual presidente del Consejo sobre la Masculinidad y Feminidad Bíblicas).⁵ “Durante milenios”, explica Strachan, “los seguidores de Dios han practicado lo que antes se llamaba patriarcado y ahora se llama complementarismo”.⁶ El complementarismo es patriarcado. Owen Strachan tiene razón (al menos en esto).

Entonces, ¿qué es el patriarcado? La historiadora Judith Bennett explica que el patriarcado tiene tres significados principales en inglés:

1. Líderes eclesiásticos masculinos, como el patriarca (arzobispo de Constantinopla) en la ortodoxia griega.
2. Poder legal de los hombres cabeza de familia (padres/maridos).
3. Una sociedad que promueve la autoridad masculina y la sumisión femenina.

Es esta tercera acepción en la que, al igual que Bennett, nos centraremos. Como escribe Bennett, “Cuando las feministas cantan en los mítines ‘el patriarcado tiene que desaparecer’, no estamos hablando de las estructuras eclesiásticas de la ortodoxia griega o de una forma específica de dominación paterna dentro de las familias, sino de un sistema general a través del cual las mujeres han estado y están subordinadas a los hombres”.⁷ Este tercer significado de patriarcado engloba los dos primeros. Tanto la tradición de los líderes masculinos de la iglesia como la autoridad de los jefes de familia masculinos funcionan

⁵ Rachel Held Evans, “It’s Not Complementarianism; it’s Patriarchy”, Rachel Held Evans (blog), 3 de mayo de 2012, <https://rachelheldevans.com/blog/complementarians-patriarchy>.

⁶ Owen Strachan, “Of ‘Dad Moms’ and ‘Man Fails’: An Essay on Men and Awesomeness”, *Journal for Biblical Manhood and Womanhood* 17, no. 1 (Primavera 2012): 25, <https://cbmw.org/wp-content/uploads/2013/03/JBMW-Spring-12-Complete.pdf>.

⁷ Judith Bennett, *History Matters: Patriarchy and the Challenge of Feminism* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2006), 55. Véase su análisis completo del patriarcado en las páginas 55-60.

dentro de culturas que, generalmente, promueven la autoridad masculina y la sumisión femenina.

El evangelismo estadounidense es un ejemplo de ello. Un estudio de Barna de 2017, centrado en la percepción de las mujeres y el poder en la sociedad estadounidense, extrajo datos de tres encuestas para comparar las actitudes hacia las mujeres en varios grupos demográficos, entre los que se incluían el género, la edad, las preferencias políticas y la identidad religiosa (evangélica, protestante, católica y cristiana practicante). El estudio reveló que los evangélicos son el grupo “más reticente” a la hora de apoyar el trabajo de las mujeres fuera del hogar: solo el 52% “se siente cómodo con la posibilidad futura de que haya más mujeres que hombres en la población activa” (este porcentaje está más de 20 puntos por debajo del de la población estadounidense en general). Los evangélicos también son los que expresan más incomodidad hacia una mujer que sea directora general. El estudio también reveló que los evangélicos son los que menos cómodos se sienten con mujeres que sean pastoras (39%). Para los evangélicos, estas actitudes están conectadas: limitar la autoridad espiritual de las mujeres va de la mano con limitar el poder económico de las mujeres. Como dice el estudio, estos resultados “quizás se deban a una interpretación más tradicional del papel de la mujer como cuidadora principal en el hogar”.⁸ Las enseñanzas evangélicas que subordinan a la mujer dentro del hogar y dentro de los muros de la iglesia influyen en las actitudes sobre la mujer en el lugar de trabajo.⁹ O, considerado dentro del marco

⁸ “What Americans Think about Women in Power”, Barna Group, 8 de marzo de 2017, <https://www.barna.com/research/americans-think-women-power>. Los investigadores de Barna también describen “nueve criterios teológicos específicos” que utilizaron para clasificar a los encuestados como evangélicos.

⁹ Katelyn Beaty aborda el impacto de las ideas evangélicas sobre los roles de género en el trabajo de las mujeres en *A Woman's Place: A Christian Vision for Your Calling in the Office, the Home and the World* (Nueva York: Howard, 2016). Por ejemplo, relata cómo Karen Dabaghian, ingeniera de software de San Francisco, experimenta la desconexión entre su trabajo y su iglesia: “En

de Bennett, la autoridad eclesiástica masculina y la autoridad doméstica masculina existen dentro de prácticas culturales más amplias que subordinan a las mujeres a los hombres. El patriarcado no se limita a una sola esfera.

Consideremos un ejemplo aún más específico de cómo se manifiestan las actitudes patriarcales en la cultura evangélica. Hace varios años, cuando mi marido era pastor de jóvenes, nuestra iglesia buscaba una nueva secretaria. Sugirió a un amigo nuestro para el puesto. Este amigo necesitaba un trabajo adicional y tenía la ventaja de ser ya miembro de la iglesia. Pero el amigo era un hombre. Y mi marido lo proponía como secretario de la iglesia. La respuesta de uno de los otros pastores fue reveladora. El pastor preguntó si este hombre realmente querría responder al teléfono. Está bien contratar a una mujer para que conteste el teléfono, pero ese trabajo sería denigrante para un hombre. Tan denigrante, de hecho, que el pastor prefirió no contratarlo, a pesar de la necesidad económica de nuestro amigo. El trabajo, adecuado para que lo haga una mujer, estaba por debajo de la dignidad de un hombre.

Este ejemplo de un hombre al que se considera estar por encima del trabajo adecuado para una mujer encaja en un patrón social más amplio, un patrón en el que el trabajo de los hombres se valora más que el de las mujeres. Hay más mujeres que hombres en mi ciudad natal, Waco (Texas), y hay más mujeres que hombres en dos de las tres instituciones locales de enseñanza superior (hay más mujeres en la Universidad de Baylor y en la Universidad McLennan, mientras que hay más hombres en la Universidad Técnica Estatal de Texas). Sin embargo, las mujeres de Waco ganan de media 20000\$ anuales menos que los hombres. La mayor diferencia salarial entre hombres y mujeres se da en el nivel directivo y de administración superior, donde los hombres ganan casi 120000\$ al año, mientras que las mujeres solo

el mundo de la alta tecnología, a nadie le importa [tu género]. Cuando entro en el entorno cristiano en general, de repente me siento clasificada según mi género, de una manera que no me entusiasma” (236).

ganan 78000\$.¹⁰ El trabajo de las mujeres, literalmente, vale menos que el de los hombres.

Este patrón de devaluar el trabajo de las mujeres (ya sea el tipo de trabajo o el valor monetario del mismo) es un ejemplo del patriarcado: un sistema general que valora más a los hombres y sus contribuciones que a las mujeres. Russell Moore sostiene que este sistema general de patriarcado no es el mismo que la jerarquía de género complementarista. El patriarcado cristiano no es el “patriarcado pagano”, como él lo ha llamado.¹¹ Moore advierte contra un “patriarcado depredador” que perjudica a las mujeres, pero también sigue apoyando un sistema que promueve la autoridad masculina y la sumisión femenina. Sostiene que una estructura familiar ordenada en la que las esposas se someten solo “a sus propios maridos” y los padres sirven como “signo visible de responsabilidad” hace que la vida sea mejor para todos.¹²

¿Tiene razón? ¿Es diferente el patriarcado cristiano?

El patriarcado cristiano es patriarcado

“Pero solo trabajas a tiempo parcial, ¿no?”

“¿Cuántas horas estás fuera de casa durante la semana?”

“Anda, ¿das el pecho? Me imaginé que no lo hacías porque trabajas”.

“¿Le parece bien a tu marido que ganes más dinero que él?”

¹⁰ “Waco, TX”, Data USA, consultado el 18 de febrero de 2020, <https://datausa.io/profile/geo/waco-tx-metro-area#economy>.

¹¹ Moore, “After Patriarchy, What?“, 576; Russell Moore, “Women, Stop Submitting to Men“, *Journal for Biblical Manhood and Womanhood* 17, n° 1 (primavera de 2012): 9, <https://cbmw.org/wp-content/uploads/2013/03/JBMW-Spring-12-Complete.pdf>.

¹² Russell Moore, “Is Your Marriage Baal Worship?“, [Russell Moore.com](https://www.russellmoore.com), 26 de septiembre de 2018, <https://www.russellmoore.com/2018/09/26/is-your-marriage-baal-worship>. Véase también Russell Moore, *The Storm-Tossed Family: How the Cross Reshapes the Home* (Nashville: B&H, 2018), 82-90.

Estas son solo algunas de las preguntas que me han hecho en los últimos veinte años. Estar casada con un pastor y continuar con mi propia carrera, incluso, mientras tenía hijos dejó perplejos a muchos en mi comunidad evangélica, incluidos algunos de mis alumnos universitarios. Uno de los alumnos compartía su opinión de forma vehemente. Era teológicamente conservador y expresó su preocupación por mi elección de seguir enseñando siendo esposa y madre (especialmente siendo esposa de pastor). Me desafiaba tan a menudo en el aula que tuve que reescribir el material de las clases, tratando de minimizar sus interrupciones. No dio resultado. En una ocasión, este alumno me sugirió que compartiera el material didáctico con mi marido para que él lo validara antes de presentarlo en mi clase. Esto me enfadó y me inquietó. Me enfureció que considerara apropiado sugerir que sometiera mis materiales de enseñanza a la autoridad de mi marido. Me inquietó porque todos los semestres me preocupaba el modo en que mi vocación de profesora chocaba con las expectativas cristianas conservadoras sobre la sumisión femenina.

Cuando leí el intento de Russell Moore de distinguir el “patriarcado cristiano” del “patriarcado pagano”, me vino a la mente la experiencia que tuve con este alumno. Según Moore, el “patriarcado pagano” anima a las mujeres a someterse a todos los hombres, mientras que el “patriarcado cristiano” solo se refiere a que las esposas se sometan a sus maridos.¹³ Moore ha suavizado su postura sobre el patriarcado a lo largo de los años. En su libro de 2018, enfatizó que en la creación a los hombres y a las mujeres “nunca se le dio dominio al uno sobre el otro”. Sin embargo, sigue aferrándose a la jefatura masculina. Aunque escribe que “la Escritura echa por tierra la idea de que las mujeres, en general, deben ser sumisas a los hombres, en general”, explica que la sumisión de las esposas consiste en cultivar “una actitud voluntaria de reconocimiento hacia el liderazgo piadoso”.¹⁴ Por lo tanto, su actitud

¹³ Moore, “Women, Stop Submitting to Men”, 8-9.

¹⁴ Moore, *Storm-Tossed Family*, 84-89.

general no cambia: las mujeres no deben someterse a los hombres en general (patriarcado pagano), pero las esposas deben someterse a sus maridos (patriarcado cristiano).

Buen intento, pensé. Díselo a mi alumno masculino conservador. Como ese alumno me consideraba bajo la autoridad de mi marido, estaba menos dispuesto a aceptar mi autoridad sobre él en un aula universitaria. Por mucho que Moore quiera separar el “patriarcado pagano” del “patriarcado cristiano”, no puede. Ambos sistemas ponen el poder en manos de los hombres y le quitan poder a las mujeres. Ambos sistemas enseñan a los hombres que las mujeres tienen un rango inferior al suyo. Ambos sistemas enseñan a las mujeres que su voz vale menos que la de los hombres. Moore puede afirmar que las mujeres solo deben someterse “a sus propios maridos”, no a los hombres “en general”, pero socava esta afirmación al excluir a las mujeres como pastoras y ancianas.¹⁵ Si los hombres (simplemente por su sexo) tienen el potencial de predicar y ejercer la autoridad espiritual sobre una congregación de la iglesia, pero las mujeres (simplemente por su sexo) no, entonces eso da a los hombres “en general” autoridad sobre las mujeres “en general”. Este alumno conservador consideraba que yo estaba bajo la autoridad tanto de mi marido como de mi pastor, y me trataba de acuerdo a esa forma de pensar.

¹⁵ Véase el artículo de Sarah Pulliam Bailey acerca de la perspectiva de Russell Moore sobre la enseñanza y la predicación de Beth Moore: “Russell Moore, el presidente de la rama política de la CBS (y sin relación con Beth Moore), calificó el reciente debate sobre el discurso de la popular maestra de la Biblia como una ‘pelea en las redes sociales’ que no se refleja en las iglesias los domingos por la mañana. Él y Mohler no defienden que las mujeres prediquen delante de los hombres, pero dicen que hay espacio para el desacuerdo entre las iglesias”. Sarah Pulliam Bailey, “Southern Baptists Are Supposed to Talk about Sexual Abuse. But Right Now They’re Discussing Whether One Woman Can Preach”, *Washington Post*, 9 de junio de 2019, <https://www.washingtonpost.com/religion/2019/06/09/southern-baptists-are-supposed-to-talk-about-sex-abuse-right-now-theyre-discussing-whether-one-woman-can-preach>.

El patriarcado cristiano no se limita a las paredes de nuestros hogares. No se queda detrás de nuestros púlpitos. No es una etiqueta que te puedas pegar y despegar con facilidad, los hombres evangélicos no pueden pasar de negar el liderazgo de las mujeres en la iglesia a aceptar la autoridad de las mujeres en el trabajo o en las aulas sin más. El ejemplo de la secretaria de mi iglesia muestra cómo el patriarcado cristiano se extiende a nuestras actitudes y prácticas cotidianas. Ni siquiera la interpretación más estricta de los textos paulinos puede proporcionar una justificación teológica de por qué un hombre no podría servir como secretario de la iglesia. El simple patriarcado secular, que valora menos el trabajo de las mujeres que el de los hombres, ofrece la respuesta.

El patriarcado sigue siendo patriarcado, da igual el nombre que le añadas detrás. Los complementaristas pueden argumentar que las mujeres son iguales a los hombres, como lo hace la enmienda de 1998 de la Convención Bautista del Sur de la “Fe y Mensaje Bautista”: “El marido y la mujer tienen el mismo valor ante Dios, ya que ambos han sido creados a imagen y semejanza de Dios”.¹⁶ Sin embargo, su insistencia en que la “igualdad de valor” se manifiesta en roles desiguales lo refuta.

El historiador Barry Hankins cita el “pasaje clave” de la polémica declaración aprobada en la reunión de la Convención Bautista del Sur (CBS) en junio de 1998: “La esposa debe someterse con gracia al liderazgo de servicio de su esposo, así como la iglesia se somete voluntariamente a la jefatura de Cristo. Ella, siendo a imagen de Dios como su marido y, por lo tanto, igual a él, tiene la responsabilidad dada por Dios de respetar a su marido y de servir como su ayudante en la

¹⁶Puede encontrar la enmienda completa de 1998 aquí: “Report of Committee on Baptist Faith and Message”, Utm.edu, <https://www.utm.edu/staff/caldwell/bfm/1963-1998/report1998.html>. Véase también “Baptist Faith and Message 2000”, Convención Bautista del Sur, 14 de junio de 2000, <http://www.sbc.net/bfm2000/bfm2000.asp>, bajo el título “XVIII. The Family”.

gestión del hogar y en la crianza de la siguiente generación”.¹⁷ La afirmación es ciertamente que el trabajo de las mujeres (desde las tareas domésticas hasta el cuidado de los niños y la atención telefónica) es valioso y digno, pero cuando ese mismo trabajo se considera inadecuado para que lo haga un hombre, revela la verdad: el trabajo de las mujeres es menos importante que el de los hombres. Además, al igual que los hombres son degradados por realizar trabajos de mujeres (que a menudo conllevan menos autoridad y, en consecuencia, una menor remuneración), a las mujeres se les restringe la posibilidad de realizar trabajos de hombres (que obtienen tanto más autoridad como una mayor remuneración). De este modo, el patriarcado cristiano modela el patriarcado de la sociedad mayoritaria. Nuestro pastor valoraba menos el trabajo de una mujer que el de un hombre, al igual que la economía de mi ciudad valora menos el trabajo de las mujeres (casi 20000 dólares menos al año) que el de los hombres. Russell Moore tiene razón al preferir el término patriarcado porque, siendo realistas, es el término correcto. Pero se equivoca al pensar que el modelo cristiano es diferente.

De hecho, en lo que respecta al tratamiento de las mujeres a lo largo de la historia, el presente se parece mucho al pasado. La brecha salarial entre mujeres y hombres ha cambiado muy poco a lo largo del tiempo, y es algo que me asusta y me fascina como historiadora medieval. Judith Bennett describe esta sorprendente realidad: “Las mujeres que trabajan hoy en Inglaterra comparten experiencia con las asalariadas de hace siete siglos: solo se llevan a casa unas tres cuartas partes del salario que ganan los hombres. En la década de 1360, las mujeres ganaban el 71% de los salarios masculinos; en la actualidad, ganan alrededor del 75%”.¹⁸ Esta continuidad histórica (que Bennett denomina “equilibrio patriarcal”) presta un apoyo superficial a la idea

¹⁷ Barry Hankins, *Uneasy in Babylon: Southern Baptist Conservatives and American Culture* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 2002), 214-15.

¹⁸ Bennett, *History Matters*, 82-107.

de la feminidad bíblica. Sin embargo, si se examina con detenimiento los orígenes históricos del patriarcado debilitan más que refuerzan la noción evangélica de la feminidad bíblica. Una jerarquía de género en la que las mujeres están por debajo de los hombres se puede encontrar en casi todas las épocas y entre todos los grupos de personas. Cuando la iglesia niega a las mujeres la capacidad de predicar, dirigir, enseñar y, a veces, incluso, trabajar fuera del hogar, la iglesia está continuando una larga tradición histórica de subordinación de las mujeres.

Así que volvamos al principio de la historia (o lo más cerca posible al principio) y veamos qué aprenden mis alumnos de historia universal sobre el patriarcado.

La continuidad histórica del patriarcado cristiano

En 1839, un joven erudito inglés que viajaba a Sri Lanka se desvió de su camino porque algo le llamó la atención. Se llamaba Austen Henry Layard, y los montículos de arena que alteraron su viaje estaban situados en el corazón de la antigua Asiria (la actual Irak). Lo que descubrió resultaron ser los restos de las grandes ciudades asirias de Nimrud y Nínive. ¿Te acuerdas de Jonás? Nínive es la ciudad en la que Dios ordenó a Jonás que predicara el arrepentimiento, una orden a la que Jonás se opuso porque los asirios eran un pueblo terrible. Desollaban vivos a sus enemigos y luchaban contra leones capturados, al estilo de los gladiadores, para entretenerse. Sin embargo, a pesar de sus modales bárbaros y dignos de una pelea de pescados (no me puedo resistir a hacer una referencia a *Veggie Tales*¹⁹), los ninivitas también eran bastante sofisticados.

Las antiguas murallas y los zigurats que hoy están en ruinas albergaban en su interior una extensa biblioteca. Allí se encontraban los fragmentos de arcilla de una de las historias más antiguas que se conservan: la del rey guerrero Gilgamesh. El texto que se conserva data

¹⁹NdT: serie estadounidense cuyos personajes son frutas y verduras que transmiten temas morales basados en la cultura cristiana.

de la biblioteca del siglo VII del último gran rey del Imperio asirio, Asurbanipal.²⁰ Pero la historia en sí era bien conocida mucho antes, con diferentes versiones esparcidas a lo largo de todo el Antiguo Oriente Próximo.²¹

Gilgamesh es un dios por cortesía de su madre, que era una diosa, pero sufre la maldición de la mortalidad por cortesía de su padre terrenal. Su padre le dejó el trono de la gran ciudad sumeria de Uruk, lo que significa que Gilgamesh es una figura semihistórica. El texto antiguo nos dice que Gilgamesh gobernó como quinto rey de la Primera Dinastía de Uruk, alrededor del 2750 a.C.

La *Epopéya de Gilgamesh* me parece fascinante. Los personajes son profundamente defectuosos: un rey aburrido que va a la guerra para mejorar su reputación, un compañero leal que fomenta el mal comportamiento de su mejor amigo, una mujer despechada que intenta liberar una plaga de zombis en la tierra porque está muy enfadada. Con todos esos giros dramáticos, me sorprende que la historia no se haya convertido todavía en una superproducción de Hollywood. Está repleta de acción y drama, la historia incluye mucho sexo y monstruos sobrenaturales. Sin embargo, no son los monstruos sobrenaturales lo que me atrae de la historia. Es la continuidad de la experiencia humana lo que la hace tan convincente. Hace cuatro mil años, la gente actuaba de forma muy parecida a la actual. Una de mis partes favoritas es cuando Gilgamesh pierde a su mejor amigo, Enkidu, por una enfermedad que lo debilita hasta la muerte. En un lamento sorprendentemente moderno, Gilgamesh exige que el mundo se haga eco de su dolor:

Llanto. Que los caminos que recorrimos juntos se inunden de lágrimas.

²⁰ Danny P. Jackson, *introduction to The Epic of Gilgamesh*, trad. Danny P. Jackson, 2ª ed. (Wauconda, IL: Bolchazy-Carducci, 1997), xi–xii.

²¹ Jackson, *introduction to Epic of Gilgamesh*, xii–xvi.

Que el río que alivió nuestros pies desborde sus orillas como lo hacen las lágrimas que aumentan y se precipitan por mis polvorientas mejillas.

Que las nubes y las estrellas corran velozmente contigo hacia la muerte.²²

Podemos verle desplomado sobre el cuerpo de su amigo. Podemos sentir su dolor, ya que se hace eco del nuestro. Seguimos amando y llorando del mismo modo que amaba y lloraba la gente hace más de cuatro mil años. Todavía gritamos de dolor.

La crudeza del dolor humano recorre toda la *Epopéya de Gilgamesh*. También lo hace la realidad del patriarcado.

Desde la prostituta que civiliza al salvaje Enkidu, pasando por la sabia tabernera hasta las vírgenes que Gilgamesh lleva a su lecho, las mujeres desempeñan papeles importantes a lo largo de las historias de Gilgamesh, e incluso hacen avanzar la trama en momentos clave. Por ejemplo, cuando Gilgamesh está más descontrolado, la prostituta Shamhat seduce a Enkidu, incitándole a entrar en Uruk y desafiar al rey tirano. Shamhat no lo hace por voluntad propia. El cazador, cansado de que el salvaje Enkidu le sabotee las trampas y proteja a los animales, le ordena a Shamhat que se acerque a Enkidu y “le haga ver el encanto y la fuerza que tiene una mujer”.²³ Shamhat lo hace, le muestra a Enkidu su cuerpo (una vez tuve un momento bastante incómodo en clase a raíz de una traducción demasiado exacta de este encuentro) y se queda con él durante siete noches en las que le enseña no solo acerca del sexo, sino también de la civilización.

Este episodio entre Shamhat y Enkidu cambia toda la historia. Es a través de Shamhat que Gilgamesh conoce a Enkidu. Tras una violenta batalla, Gilgamesh se da cuenta de que no puede vencer a Enkidu y lo acepta como su igual. Los dos se vuelven inseparables. A partir de ese

²² Jackson, *Epic of Gilgamesh*, 53-54.

²³ Jackson, *Epic of Gilgamesh*, 17.

momento, en lugar de aliviar su aburrimiento obligando a los jóvenes de su reino a participar en guerras interminables y a las jóvenes (incluso a las casadas) a meterse en su cama, Gilgamesh emprende una serie de aventuras que culminan con la muerte de Enkidu y propician la búsqueda de la inmortalidad de Gilgamesh. Shamhat, en otras palabras, es el catalizador de toda la trama.

Las mujeres como Shamhat desempeñan un papel fundamental a lo largo de la historia. Sin embargo, las mujeres nunca toman la iniciativa, como subraya Rivkah Harris, académica de la religión.²⁴ La propia Shamhat solo hace lo que le ordena una figura de autoridad masculina (el cazador). En la narrativa de Gilgamesh, las mujeres funcionan principalmente como ayudantes. Los relatos que se han recogido de la epopeya están escritos por hombres, para hombres y sobre hombres, y presentan a las mujeres como “figuras de apoyo y subsidiarias”.²⁵ Las mujeres trabajan y hablan y se mueven a lo largo de la narración, pero su papel principal es satisfacer las necesidades físicas de los hombres y darles consejo y consuelo. Siduri, el tabernero, es quizás el mejor ejemplo. No solo ofrece alcohol y consuelo a Gilgamesh cuando está cansado de su búsqueda y abrumado por el dolor de la muerte de Enkidu, sino que también le da algunos consejos bastante elocuentes: “Lo mejor que podemos hacer ahora es cantar y bailar. Disfruta de la comida caliente y las bebidas frías. Valora a los niños a los que tu amor da vida. Báñate en aguas dulces y refrescantes. Disfruta alegremente con la esposa que has elegido”.²⁶ Las mujeres eran las guardianas del hogar. Incluso en el caótico y peligroso mundo de la antigua Sumeria, las mujeres estaban a cargo de proporcionar las principales comodidades: comida, sexo y una vida familiar feliz.

²⁴ Rivkah Harris, “Images of Women in the Gilgamesh Epic”, en *Lingering over Words: Studies in Ancient Near Eastern Literature in Honor of William L. Moran*, ed. Tzvi Abusch, John Huehnergard y Piotr Steinkeller (Atlanta: Scholars Press, 1990), 219-30.

²⁵ Harris, “Images of Women in the Gilgamesh Epic”, 220.

²⁶ Jackson, *Epic of Gilgamesh*, 68.

En cierto sentido, la *Epopéya de Gilgamesh* apoya la afirmación de Albert Mohler de que la historia está del lado del complementarismo. Mohler, actual presidente del Seminario Teológico Bautista del Sur en Louisville, Kentucky, escribe lo siguiente: “Es una realidad histórica innegable que los hombres han predominado en los puestos de liderazgo y que los roles de las mujeres se han definido en gran medida en torno al hogar, los hijos y la familia”. También dice que la evidencia bíblica hace hincapié en esta continuidad histórica: “El patrón de la historia afirma lo que la Biblia revela incuestionablemente: que Dios ha hecho a los seres humanos a su imagen y semejanza como varones y mujeres. Entendemos que la Biblia presenta un bello retrato de la complementariedad entre los sexos, en el que tanto el hombre como la mujer están encargados de reflejar la gloria de Dios de manera distinta”.²⁷ Hace más de cuatro mil años, las mujeres eran las guardianas del hogar y la familia, el apoyo doméstico del hombre; y hoy probablemente seguirían siéndolo si no fuera por la influencia disruptiva (y “no bíblica”) del feminismo. Una continuidad histórica tan grande convence a Mohler de que el complementarismo debe ser designio de Dios.

El patriarcado existe en la *Epopéya de Gilgamesh*, una historia sobre hombres y mujeres en los albores de la historia, porque el patriarcado fue diseñado por Dios (o eso dice la narrativa patriarcal cristiana). Las mujeres deben reclamar con orgullo su papel de actrices secundarias porque este es el plan divino de Dios. Las mujeres del pasado estaban subordinadas, igual que las del presente, y debe seguir siendo así. No es de extrañar que a muchos complementaristas no les gusten las recientes narrativas de la cultura pop, como las películas de Marvel y la nueva trilogía de Star Wars, que dan protagonismo a las mujeres. Denny Burk dijo lo siguiente: “Me he dado cuenta de que en La guerra de las galaxias (y en las películas de acción en general) se

²⁷Albert Mohler, “A Call for Courage on Biblical Manhood and Womanhood”, Albert Mohler (blog), 19 de junio de 2006, <https://albertmohler.com/2006/06/19/a-call-for-courage-on-biblical-manhood-and-womanhood>.

América moderna, sino también la continuidad de sus oscuras entrañas. En lugar de ser motivo de orgullo para los cristianos, ¿no debería preocupar la continuidad histórica de una práctica que ha hecho que la vida de las mujeres sea mucho peor que la de los hombres durante miles de años? ¿No deberían los cristianos, que están llamados a ser diferentes del mundo, tratar a las mujeres de forma diferente?

¿Y si el patriarcado no ha sido ordenado por Dios, sino que es el resultado del pecado humano? ¿Y si en lugar de haber sido creado divinamente, el patriarcado se introdujo en la creación después de la caída? ¿Y si la razón por la que el fruto del patriarcado es tan corrupto, incluso dentro de la iglesia cristiana, es porque el patriarcado siempre ha sido un sistema corrupto?

En lugar de asumir que el patriarcado fue instituido por Dios, debemos preguntarnos si el patriarcado es un producto de manos humanas pecaminosas.

Invertir la narrativa

Recuerdo la primera vez que se me ocurrió darle la vuelta a la narrativa cristiana sobre el patriarcado.

Acababa de terminar de dar clase en un seminario nocturno de estudios sobre la mujer en la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill, y estaba de camino al restaurante Chili's de Durham, donde mi marido trabajaba en doble turno. Ambos éramos estudiantes de posgrado a tiempo completo, yo en el programa de doctorado de historia en Chapel Hill y él estaba haciendo un máster en el Seminario Teológico Bautista del Sureste. Yo tenía una beca en Chapel Hill (unos 11 000 dólares al año), mientras que él trabajaba como ministro de jóvenes a tiempo parcial en una iglesia bautista local (ganaba unos 100\$ a la semana). Su trabajo sirviendo mesas en el restaurante nos permitía pagar las facturas. También le permitía comprar comidas a mitad de

de junio de 2019, <https://www.cdc.gov/violenceprevention/datasources/nisvs/index.html>.

precio para los dos. En noches como esa, en las que él hacía un turno doble, yo me sentaba en una de las mesas del restaurante y disfrutaba de la única comida de restaurante que nos podíamos permitir (por no hablar de que me cobraban la Coca-Cola light a mitad de precio y me la rellenaban gratis). Éramos muy jóvenes, muy pobres y estábamos muy ocupados. Esas comidas baratas eran un regalo del cielo.

Pero esa noche, no estaba pensando en la cena. Estaba pensando en una conversación que habíamos tenido en el seminario sobre la mujer. Habíamos pasado el semestre leyendo y debatiendo sobre la situación de la mujer. Desde el mundo antiguo hasta el mundo moderno, la historia nos ha mostrado un patriarcado continuo: mujeres reprimidas, oprimidas, devaluadas y silenciadas.

Aquella noche, la historia me tocó la fibra sensible. La conversación giró en torno a los Bautistas del Sur y Paige Patterson, entonces presidente del Seminario Teológico Bautista del Sureste. La misma razón por la que Patterson se convirtió en un héroe a ojos de los Bautistas del Sur fue la que le hizo repulsivo en mi seminario esa noche: sus opiniones sobre los roles de género.

Patterson predicaba que los hombres fueron creados divinamente para dirigir y ejercer la autoridad, y las mujeres para obedecerles y someterse. La influencia de hombres como Patterson (e, irónicamente, su mujer) llevó a la Convención Bautista del Sur a reescribir su declaración de fe. Primero crearon la resolución de 1984, que enfatiza la creación secundaria de las mujeres, y en 1998 redactaron una declaración de sumisión de las esposas a sus maridos. La declaración de sumisión se convirtió rápidamente en una enmienda que culminó en la adición final (y por aquel entonces no controvertida) a la “Fe y Mensaje Bautista del año 2000” de que solo los hombres pueden servir como pastores principales.³¹

En mi seminario bullía la indignación, no solo por las opiniones de Patterson, sino también por las miles de mujeres que le apoyaban.

³¹ Hankins, *Uneasy in Babylon*, 213-15, 225. Véase también “Fe y Mensaje Bautista 2000”, bajo el título “XVIII. The Family”.

No se nos pasó por alto que la esposa de Patterson, Dorothy, luchó arduamente en la convención de 1998 para mantener la línea de la sumisión de las mujeres. Ella se posicionó en contra de la frase “tanto el marido como la mujer deben someterse con gracia el uno al otro” porque implicaba una similitud, incluso una igualdad, entre maridos y esposas. Insistió en que existía una jerarquía divina en la relación matrimonial y que solo las mujeres estaban llamadas a someterse “con gracia” al liderazgo de sus maridos.³² ¿No es irónico que una mujer haya liderado el movimiento que prohíbe a las mujeres liderar?

Pero el motivo por el que mujeres como Dorothy Patterson apoyaban de forma tan destacada la sumisión de las mujeres no era la cuestión que me preocupaba. Sabía por qué muchas mujeres lo apoyaban: porque creíamos que la jefatura masculina estaba ordenada divinamente. Me enseñaron que Dios ordenó a las mujeres a seguir el liderazgo espiritual de sus maridos en el hogar y el de los pastores varones en la iglesia. Dado que se supone que el cristianismo es diferente del mundo, tenía sentido que un seminario de posgrado de estudios de la mujer en una universidad pública de investigación secular se opusiera a una comprensión cristiana de los roles de género. Mientras el mundo promovía el feminismo y desdibujaba los límites entre los roles masculino y femenino (o eso me habían hecho creer), el cristianismo promovía una jerarquía de género divinamente ordenada que aportaba claridad y orden a la vida cotidiana. Comprendía el argumento de Dorothy Patterson porque yo formaba parte del mundo de Dorothy Patterson.

Pero ya entonces me preocupaba. Los cristianos fueron llamados a ser radicalmente diferentes en la forma de defender la dignidad de todas las personas, incluidas las mujeres. Ese semestre me había dado cuenta de lo poco relevantes que eran los ideales de género cristianos a nivel histórico. En lugar de parecer diferentes en la forma de tratar a las mujeres, los cristianos parecían iguales a los demás.

³²Hankins, *Uneasy in Babylon*, 215-16.

Kate Narveson aún no había escrito su libro sobre la piedad moderna temprana, así que todavía no había leído su hermosa descripción de la gente que incorporaba las Escrituras en su vida cotidiana: “expresión bíblica”, lo llamó.³³ Esa noche mis pensamientos adoptaron la forma de expresiones bíblicas. Asistí a la iglesia bautista desde que nací, aprendí a leer y estudiar la Biblia a una edad temprana, y las Escrituras siempre han fluido en mi vida. Aquella noche fluyó por mi cabeza mientras mi corazón clamaba a Dios por respuestas. Recordé las palabras de Génesis 3:16, parte de la maldición de la caída, casi como si estuvieran grabadas en el cielo nocturno: “Con dolor darás a luz hijos, pero tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”. Dios dijo estas palabras a Eva en el jardín del Edén después de que ella pecara y tomara el fruto del árbol prohibido. Como dice la Vulgata latina (que se estaba convirtiendo en una de las principales Biblias que yo utilizaba como medievalista): “Con dolor darás a luz a los hijos, y estarás bajo el poder de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti”.³⁴

Y ahí estaba la explicación bíblica del nacimiento del patriarcado.

El primer pecado humano construyó la primera jerarquía de poder humano. Alice Mathews, teóloga y exdecana académica del Seminario Teológico Gordon-Conwell, explica muy bien la perspectiva bíblica del nacimiento del patriarcado en su libro *Gender Roles and the People of God* (Roles de género y el pueblo de Dios). Esto es lo que dice:

En Génesis 3:16 (cuando Dios habla con la mujer) es donde vemos por primera vez la jerarquía en las relaciones humanas. (...) La jerarquía no era la voluntad de Dios para la primera pareja, sino que se impuso cuando eligieron ignorar su mandato y comer el fruto prohibido. (...) Adán estaría ahora sujeto a su fuente (la tierra), así como Eva estaba ahora sujeta a su fuente (Adán). Este

³³ Kate Narveson, *Bible Readers and Lay Writers in Early Modern England: Gender and Self-Definition* (Londres: Routledge, 2016), 51-77.

³⁴ Douay-Rheims 1899, edición americana. La Douay-Rheims es una traducción al inglés de la Vulgata latina, realizada por primera vez en 1582.

fue el momento del nacimiento del patriarcado. Como resultado de su pecado, el hombre era ahora señor de la mujer, y la tierra era ahora señora del hombre, en contra de la intención original de Dios en la creación.³⁵

El patriarcado no era lo que Dios quería, el patriarcado era el resultado del pecado humano.

Lo que para mí era nuevo esa noche en realidad era bastante viejo, teológicamente hablando. Todo el mundo sabía ya que el patriarcado era el resultado de la caída. Stanley Gundry, expresidente de la Sociedad Teológica Evangélica, lo afirmó con toda naturalidad en un ensayo de 2010. El patriarcado que sigue apareciendo en el texto bíblico es una “mera acomodación a la realidad de los tiempos y la cultura, no es un reflejo del ideal divino para la humanidad”.³⁶ El patriarcado es creado por las personas, no ordenado por Dios.

Katharine Bushnell, una misionera en China a principios del siglo XX, tenía una opinión similar. Advirtió sobre el peligro del patriarcado para las mujeres. En lugar de “deseo”, prefirió traducir la palabra de Génesis 3:16 como “apartarse”. Su traducción del versículo dice “te estás apartando de tu marido, y él te gobernará”.³⁷ Antes de la caída, tanto Adán como Eva se sometieron a la autoridad de Dios. Después de la caída, a causa del pecado, las mujeres se dirigirían primero a sus maridos, y sus maridos, en lugar de Dios, las gobernarían.

³⁵ Alice Mathews, *Gender Roles and the People of God: Rethinking What We Were Taught about Men and Women in the Church* (Grand Rapids: Zondervan, 2017), 43-47.

³⁶ Stanley Gundry, “From Bobbed Hair, Bossy Wives and Women Preachers to Woman Be Free: My Story”, en *How I Changed My Mind about Women in Leadership: Compelling Stories from Prominent Evangelicals*, ed. Alan F. Johnson (Grand Rapids: Zondervan, 2010), 102.

³⁷ Citado en Kristin Kobes Du Mez, *A New Gospel for Women: Katharine Bushnell and the Challenge of Christian Feminism* (Oxford: Oxford University Press, 2015), 120-22.

Me encanta cómo la historiadora Kristin Kobes Du Mez describe la interpretación de Bushnell como un “golpe teológico” que “puso patas arriba la concepción victoriana de la feminidad”. Como explica Du Mez, “para Bushnell, la autoridad masculina sobre la mujer contradecía la voluntad de Dios y perpetuaba la rebelión original del hombre contra Dios”. Así, las mujeres “siguieron cometiendo el pecado de Eva al someterse a los hombres en lugar de a Dios”. El patriarcado, para Bushnell, no era solo un resultado de la maldición, sino que formaba parte de la propia caída. La rebelión de Adán fue reclamar la autoridad de Dios para sí mismo, y la rebelión de Eva fue someterse a Adán en lugar de a Dios.³⁸

No conocía a Alice Mathews cuando era adolescente. Ciertamente no sabía lo de Katherine Bushnell. Me uní al grupo de jóvenes de mi iglesia a finales de los años 80, en el apogeo de autores evangélicos y personas influyentes como James Dobson, Pat Robertson, Tim y Beverly LaHaye (fundadores de *Concerned Women for America* — Mujeres preocupadas por América—), Elisabeth Elliot y los Patterson. Los devocionales, estudios bíblicos, libros sobre el matrimonio y consejos sobre la crianza de los hijos que habían sido influidos por sus enseñanzas saturaron el mundo editorial cristiano.³⁹ El mensaje para las mujeres era inquietantemente uniforme: las mujeres cristianas se someten a la autoridad de sus maridos, cuidando del hogar y la familia mientras los hombres dirigen, protegen y proveen. Sirva como ejemplo lo que escribió Dobson en 1994 sobre por qué los hombres deben ser el único sostén de la familia: “Me gustaría enfatizar lo crítico que es este entendimiento masculino para la estabilidad familiar. (...) Una de las mayores amenazas para la institución de la familia hoy en día es el debilitamiento de este papel de protector y proveedor. Esta es la contribución para la que el hombre fue diseñado. Si desaparece, su

³⁸ Du Mez, *New Gospel for Women*, 120-22.

³⁹ Hedy Red Dexter y J. M. Lagrander, “Bible Devotionals Justify Traditional Gender Roles: A Political Agenda That Affects Social Policy”, *Social Justice* 26, n° 1 (primavera de 1999): 99-114.

compromiso con su mujer y sus hijos se pone en peligro”.⁴⁰ Unos diez años antes, Dobson le había aconsejado a una mujer —aterrorizada de su marido porque le pegaba habitualmente, pero que quería seguir casada con él— que el divorcio no era la solución y que, en cambio, debía esforzarse en conseguir una reconciliación.⁴¹

A las mujeres evangélicas como yo se nos enseñó que el diseño de Dios para el matrimonio era el de esposas sumisas (preferiblemente que se quedaran en casa) y maridos líderes (preferiblemente que fueran el sostén de la familia). Recuerdo haber asistido a un evento para jóvenes cuando estaba en el instituto. El líder nos explicó que Dios diseñó a las mujeres específicamente para ser esposas y dedicarse a sus maridos. Es la primera vez que recuerdo haber escuchado eso en la iglesia. Pero no sería la última, porque ese año se publicó lo que Du Mez llama “un manifiesto en defensa de la diferencia de género dada por Dios”: *Recuperando la masculinidad y feminidad bíblicas*, de John Piper y Wayne Grudem.⁴² Aunque Piper y Grudem admiten que la prescripción de Génesis 3:16, “él se enseñoreará sobre ti”, es un resultado de la caída, siguen argumentando que la jefatura masculina fue ordenada por Dios antes de la caída. Escriben: “Pero el silencio en este punto con respecto a la realidad del liderazgo amoroso de Adán

⁴⁰ James Dobson, “A New Look at Masculinity and Femininity” (folleto publicado por Focus on the Family, 1994), citado en Dexter y Lagrander, “Bible Devotionals Justify Traditional Gender Roles”, 107.

⁴¹ James Dobson, *Love Must Be Tough* (Waco: Word, 1983), 148. Esta mujer escribió a Dobson para pedirle consejo. También podemos encontrar una descripción de la carta de la mujer y de la respuesta de Dobson en las ediciones de 1999 y 2007 de su libro: *Love Must Be Tough* (Dallas: Word, 1999), 160-62; y *Love Must Be Tough* (Carol Stream, IL: Tyndale, 2007), 160-62. Kristin Kobes Du Mez escribe que Dobson “recomendaba un sano escepticismo hacia ciertas acusaciones de violencia doméstica”. Kristin Kobes Du Mez, *Jesus and John Wayne: How White Evangelicals Corrupted a Faith and Fractured a Nation* (Nueva York: Liveright, 2020), 144.

⁴² Du Mez, *Jesus and John Wayne*, 167.

antes de la caída da la impresión de que el ‘gobierno’ caído y el liderazgo ordenado por Dios se agrupan y se descartan. Una vez más se ignora el impulso bíblico: Pablo nunca apela a la maldición o a la caída como explicación de la responsabilidad del hombre para dirigir, siempre apela a los actos de Dios antes de la caída”.⁴³

Unos años después, Grudem publicó la primera edición de su popular *Teología sistemática: una introducción a la doctrina bíblica*. Amplió lo que se había expuesto en el libro anterior, argumentando que “la maldición trajo una distorsión del liderazgo humilde y considerado de Adán y la sumisión inteligente y dispuesta de Eva a ese liderazgo que existía antes de la caída”.⁴⁴ El resto es historia. El hecho consumado presentado a las mujeres evangélicas era que el diseño de Dios para el liderazgo masculino y la sumisión femenina era una condición eterna y divina.

Una vez que finalmente me enfrenté a la fealdad y a la omnipresencia del patriarcado histórico, me di cuenta de que, en lugar de ser diferentes del mundo, los cristianos eran como todos los demás en su trato a las mujeres. Cuando Dobson apoyó el deseo de una mujer maltratada de permanecer con su marido, fue tan solo una más de las voces que durante más de cuatro mil años de historia habían estado de acuerdo: el lugar de la mujer está bajo el poder del hombre.

La verdad histórica sobre el patriarcado

En muchos sentidos, el debate entre los igualitarios (los que defienden la igualdad bíblica entre hombres y mujeres) y los complementaristas (los que defienden una jerarquía de género bíblica que subordina a

⁴³ John Piper y Wayne Grudem, eds., *Recovering Biblical Manhood and Womanhood* (1991; repr., Wheaton: Crossway, 2006), 409-10. Véase también Du Mez, *Jesus and John Wayne*, 167.

⁴⁴ Wayne Grudem, *Systematic Theology: An Introduction to Biblical Doctrine* (Grand Rapids: Zondervan, 1994), 464.

las mujeres a los hombres) está estancado.⁴⁵ Mientras que los complementaristas como John Piper y Wayne Grudem defienden que la jefatura masculina existía antes de la caída, los igualitarios como Alice Mathews y Philip B. Payne defienden que vino después. Pero cuando tuve mi epifanía sobre el inicio del patriarcado, no fue solo el texto bíblico lo que me convenció. Fue porque el texto bíblico encajaba muy bien con la evidencia histórica. En otras palabras, el debate sobre la interpretación de Génesis 3:16 no es únicamente la palabra de uno contra la palabra del otro. Las pruebas históricas sobre los orígenes del patriarcado pueden hacer avanzar la conversación.

Déjame explicar lo que quiero decir.

En 1986, Gerda Lerner sostuvo que el patriarcado es una construcción histórica vinculada al “militarismo, la jerarquía y el racismo”.⁴⁶ La *Epopéya de Gilgamesh*, según Lerner, se sitúa en el inicio no solo de la historia, sino también del propio patriarcado. La epopeya da testimonio de una de las primeras apariciones de una sociedad humana compleja: la civilización. En cuanto los humanos forjaron una sociedad agrícola y empezaron a construir comunidades estructuradas, también empezaron a construir jerarquías de poder, designando a algunas personas como más dignas de gobernar que otras.

Voy a hacer una pequeña pausa. Este libro es mi historia: una mujer blanca cuyas experiencias como esposa de pastor y estudiosa me han llevado a rechazar las enseñanzas evangélicas sobre el liderazgo masculino y la sumisión femenina. Mi lucha contra el patriarcado es por las mujeres, pero las mujeres no son las únicas perjudicadas por el patriarcado. La biblista Clarice J. Martin nos recuerda que, si bien el patriarcado define los límites de la vida de las mujeres, también define

⁴⁵ Mary Stewart Van Leeuwen, profesora de psicología y filosofía, ofrece una perspicaz visión de la “ansiedad por la complementariedad” tanto de los complementarios como de los igualitarios en *A Sword between the Sexes? C. S. Lewis and the Gender Debates* (Grand Rapids: Brazos, 2010), 168-70.

⁴⁶ Gerda Lerner, *The Creation of Patriarchy* (Nueva York: Oxford University Press, 1986), 228-29.

“a los pueblos y razas subyugados como ‘los otros’ a los que hay que dominar”.⁴⁷ El patriarcado va de la mano con el racismo estructural y la opresión sistémica, y ha sido así constantemente a lo largo de la historia.

Me frustra ver cómo los cristianos se esfuerzan por desenredar las narrativas entrelazadas de la opresión patriarcal, aflojando así su poder sobre un grupo mientras se amplía sobre otro. En su innovador artículo “Los códigos domésticos en la interpretación bíblica afroamericana”, Martin plantea una pregunta provocadora: “¿Cómo es posible que los predicadores y teólogos negros utilicen una hermenéutica liberada al predicar y teologizar sobre los esclavos, pero una hermenéutica literalista en relación con las mujeres?”.⁴⁸ Me gustaría hacerle la misma pregunta a los predicadores y teólogos blancos. Cuando entendemos correctamente que los pasajes bíblicos que hablan de la esclavitud deben enmarcarse en su contexto histórico y que, a través de la lente de este contexto histórico, podemos ver mejor la esclavitud como un sistema impío que se opone al evangelio de Cristo, ¿cómo no aplicar entonces los mismos criterios a los textos bíblicos sobre las mujeres? Martin desafía a los intérpretes afroamericanos de la Biblia a dejar de utilizar “una hermenéutica jerárquica en los relatos bíblicos sobre las mujeres”.⁴⁹ Solo entonces podrán ser verdaderamente libres todos los negros.

⁴⁷ Clarice J. Martin, “Womanist Interpretations of the New Testament: The Quest for Holistic and Inclusive Translation and Interpretation”, en *I Found God in Me: A Womanist Biblical Hermeneutics Reader*, ed. Mitzi J. Smith (Eugene, OR: Cascade Books, 2015), 32.

⁴⁸ Clarice J. Martin, “The Haustafeln (Household Codes) in Afro-American Biblical Interpretation: ‘Free Slaves’ and ‘Subordinate Women’”, en *Stony the Road We Trod: African American Biblical Interpretation*, ed. Cain Hope Felder (Minneapolis: Fortress, 1991), 226.

⁴⁹ Martin, “Haustafeln (Household Codes)”, en *Felder, Stony the Road We Trod*, 228.

Tiene razón. ¿No es hora de que los cristianos, comprometidos con el seguimiento de Jesús, reconozcan lo que historiadores como Gerda Lerner saben desde hace tanto tiempo? ¿No es hora de que dejemos de ignorar la realidad histórica de que el patriarcado forma parte de un sistema de opresión entrelazado que incluye el racismo?

Aunque algunos aspectos del monumental estudio de Lerner sobre el patriarcado han sido cuestionados y modificados por historiadores posteriores, su argumento de que el patriarcado surgió con el inicio de la civilización no ha sido cuestionado ni modificado. Merry Wiesner-Hanks, una de las principales especialistas modernas en género e historia, escribe: “Aunque las líneas de causalidad no están claras, el desarrollo de la agricultura fue acompañado de una creciente subordinación de las mujeres en muchas partes del mundo”. Tanto el trabajo masculino como el poder masculino comenzaron a asociarse con tener propiedad(es) y el trabajo agrícola asociado. Esto hizo que se favoreciera a los niños en detrimento de las niñas para la herencia, y que las mujeres dependieran cada vez más de los hombres que eran propietarios o trabajadores agrícolas. Wiesner-Hanks continúa: “A lo largo de las generaciones, disminuyó el acceso de las mujeres a los recursos y cada vez les resultaba más difícil sobrevivir sin el apoyo de los hombres”.⁵⁰ Las mujeres se volvieron cada vez más dependientes de los hombres a medida que las comunidades agrícolas se convertían en el corazón de la civilización humana. Me llama la atención, como estudiosa y cristiana, que cuando Dios le dijo a Eva que estaría bajo el poder de su marido, simultáneamente le dijo a Adán que el trabajo agrícola sería necesario para la supervivencia humana.

El patriarcado, según la Biblia y los registros históricos, surgió junto con la aparición de las comunidades agrícolas. En vez de que el patriarcado esté ordenado por Dios, la historia sugiere que el patriarcado tiene un origen humano: la propia civilización. Desde la *Epopéya de Gilgamesh*, en la antigua Sumeria, hasta otros textos como el

⁵⁰ Merry E. Wiesner-Hanks, *Gender in History: Global Perspectives*, 2ª ed. (Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2011), 18.

Ramayana en la antigua India, los registros de las primeras civilizaciones revelan el desarrollo de jerarquías de género que privilegiaban a los hombres (especialmente a los de ciertas clases) y subordinaban a las mujeres. El patriarcado es una estructura de poder creada y mantenida, literalmente, por el trabajo humano.

En este contexto, la Biblia es nada menos que revolucionaria.

Aunque ciertamente el patriarcado existe en la narrativa bíblica, Mathews nos anima a recordar que hay una diferencia entre “lo que es descriptivo y lo que es prescriptivo en la Biblia”.⁵¹ Los ecos del patriarcado humano desfilan por todo el Nuevo Testamento, desde el liderazgo exclusivo de los judíos varones hasta las duras leyes de adulterio aplicadas a las mujeres, e incluso los escritos de Pablo. La Iglesia primitiva intentaba encontrar un sentido a su lugar en el mundo judío y en el romano, y gran parte de esos mundos se mezcló en las historias de la iglesia.

Al mismo tiempo, vemos un número sorprendente de pasajes que subvierten los roles tradicionales de género y destacan a las mujeres como líderes: desde la mujer samaritana en el pozo, que da de beber a Jesús hasta María de Betania, que aprende a los pies de Jesús como una discípula, pasando por Marta, que declara su fe en Jesús (lo que contrarresta la falta de fe exhibida por la mayoría de los discípulos). Hace poco me reí con las reflexiones de la biblista Febbie C. Dickerson sobre Tabita, una mujer identificada como discípula en Hechos 9. “Me pregunto”, dice Dickerson, “qué pasaría si los predicadores aprendieran griego y reconocieran así que la identificación de Tabita como ‘una discípula femenina’ probablemente indica que es una de muchas discípulas”.⁵² Las mujeres bíblicas son más de lo que suponemos que son, no encajan en el molde que el complementarismo ha decretado para ellas.

⁵¹ Mathews, *Gender Roles and the People of God*, 33.

⁵² Febbie C. Dickerson, “Acts 9:36–43: The Many Faces of Tabitha, a Womanist Reading”, en Smith, *I Found God in Me*, 302.

Beth Moore lo reconoce en su respuesta a Owen Strachan en un hilo de conversación en internet sobre las mujeres en el ministerio: “Lo que pido es que se reanalice todo el texto, desde Mateo 1 hasta Apocalipsis 22, en todo lo referente a la mujer. Que reanalicemos las palabras de Pablo en 1 Timoteo y en 1 Corintios 14 (autoritarias, inspiradas por Dios) junto con otras palabras que Pablo escribió, igualmente inspiradas, y dar sentido a las muchas mujeres con las que sirvió. Sobre todo, debemos fijarnos en las actitudes del propio Jesús hacia las mujeres”.⁵³ Moore, que ha pasado su vida inmersa en la Biblia, se da cuenta de la desconexión entre la construcción de la feminidad bíblica y la vida real de las mujeres en la Biblia.

El patriarcado existe en la Biblia porque la Biblia fue escrita en un mundo patriarcal. Históricamente hablando, no hay nada sorprendente en las historias y pasajes bíblicos plagados de actitudes y acciones patriarcales. Lo que resulta sorprendente es la cantidad de pasajes e historias bíblicas que socavan, en lugar de apoyar, el patriarcado. Incluso John Piper admitió en 1984 que no sabía qué hacer con Débora y Hulda.⁵⁴ Los pasajes de la Biblia más difíciles de explicar, históricamente hablando, son pasajes como Gálatas 3:26-28: “Porque en Cristo Jesús todos sois hijos de Dios por la fe. Todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego, ya no hay esclavo ni libre, ya no hay hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús”. Esto es lo que hace que la Biblia sea radical. Esto es lo que hace que el cristianismo sea tan diferente del resto de la historia de la humanidad. Esto es lo que libera tanto a los hombres como a las mujeres.

⁵³ Beth Moore (@BethMooreLPM), “What I plead for”, Twitter, 11 de mayo de 2019, 9:44h, <https://twitter.com/bethmoorelpm/status/1127207937909325824>; Beth Moore (@BethMooreLPM), “Isto grapple with the entire text”, Twitter, 11 de mayo de 2019, 9:51 a.m., <https://twitter.com/bethmoorelpm/status/1127209694500671489>.

⁵⁴ John Piper, “Headship and Harmony”, *Desiring God*, 1 de mayo de 1984, <https://www.desiringgod.org/articles/headship-and-harmony>.

¿No es irónico (por no decir fastidioso) que pasemos tanto tiempo luchando para que el cristianismo se parezca al mundo que nos rodea en lugar de luchar para que se parezca a Jesucristo? ¿No debería ser al revés? Sarah Bessey, escritora cristiana progresista, activista y autora del superventas *Jesús feminista*, tiene toda la razón al afirmar que el patriarcado no es “el sueño de Dios para la humanidad”.⁵⁵ ¿No se parece más el mundo de Gálatas 3 al mundo de Jesús? Puede que el patriarcado forme parte de la historia cristiana, pero eso no lo convierte en cristiano. Solo nos muestra las raíces históricas (y muy humanas) de la mujer bíblica.

⁵⁵ Sarah Bessey, *Jesus Feminist: An Invitation to Revisit the Bible's View of Women* (Nueva York: Howard, 2013), 14.